

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

116 Perón habla otra vez desde los balcones de la Rosada (pero con vidrio antibalas)



EL “DOCUMENTO RESERVADO”

Leer *La Opinión* del 2 de octubre de ese año metía miedo. ¿Cómo ir a una movilización popular de aquí en más? Sería como ir a la guerra. Habría que ir con armas, buscando una protección imprescindible ante las nuevas disposiciones del Consejo Superior Justicialista. Pero, ¿habría *movilizaciones populares*? El pueblo peronista nunca había ido armado a ningún acto. Ni armado ni temeroso. Con el espeo presentimiento de que cualquier cosa puede pasar entre grupos peronistas. Esto *nunca* había sucedido, era un hecho nuevo dentro del movimiento. Los peronistas eran los peronistas. Iban a los actos a escuchar a Perón, a Evita. Jamás a pelearse entre ellos. No había existido entre los hombres y las mujeres del peronismo que marchaban a la Plaza de Mayo la posibilidad de un enfrentamiento interno. Nunca un peronista mataría a otro peronista. Esto era impensable. Pero ahora todo había cambiado. Los tiempos eran violentos y la muerte andaba suelta y sedienta, como en Ezeiza. Como *desde* Ezeiza.

Internamente, el *Documento* tuvo un lanzamiento poderoso. Perón convocó a una reunión secreta, una reunión que prometía ser la prefiguración de grandes acontecimientos, algo así –y eso era– como una declaración de guerra. Hizo llamar a todos los que tenían en sus manos las grandes riendas del movimiento; que tenía una sola, dado que todas convergían en las manos severas del conductor estratégico. Los conductores tácticos, no obstante, conducían las partes, y era importante que lo hicieran bien, y sólo se hace algo bien cuando se está bien informado. Información y vigilancia son dos preceptos metodológicos esenciales en Perón. 1) *Información*: “Un hombre vale tanto como tan bien informado esté”; 2) *Vigilancia*: “Todos los hombres son buenos, pero si se los vigila son mejores”.

Esta reunión se hacía para informar a los conductores auxiliares de la *situación de guerra* creada en el movimiento a causa de la *infiltración*. Esta nueva metodología para destruir a los peronistas. Participan de la reunión: Raúl Lastiri, presidente provisional de la República. El ministro del Interior, Benito Llambí. (*Nota*: Ya lo veremos jugar un papel institucionalmente aberrante en la crisis de la provincia de Córdoba a comienzos del ’74. Pero cuidado: respaldado por Perón. Perón era el garante de todo movimiento institucional, aun del más disparatado, del más lejano de la Constitución. Qué joder: con Perón en la Presidencia la Constitución sobra. ¿Qué valía más? ¿La palabra del viejo texto liberal de 1853 o la palabra del líder de las masas argentinas? Así de simple.) Los miembros del Consejo Superior Justicialista: Lorenzo Miguel, Humberto Martiarena, Jorge Camus, Julio Yessi y la pasionaria fascista de Ezeiza: Norma Kennedy. A su vez, Humberto Martiarena era también secretario general del Movimiento Nacional Justicialista, cargo del que ya se había alejado Juan Manuel Abal Medina, a quien le habría resultado imposible participar de este cónclave inquisitorial. Los integrantes del gabinete nacional. Todos los gobernadores de las provincias y sus vices. Algunos de ellos habrán visto obligados a pasar un rato sin duda incómodo asistiendo al planeamiento de la aniquilación de los jóvenes que los habían llevado a sus cargos *o/y* que estaban dispuestos a sostenerlos en ellos. Martínez Baca, de Mendoza, que parecía muchas cosas –sobre todo un tipo con aires de mendocino sereno y campechano– pero no un revolucionario. Abrazaba algo solemnemente a sus colegas políticos, sonreía y –cuando yo lo vi– gastaba un sombrero negro de ala ancha y un pañuelo al cuello de lo más pintón. Había que ser muy macartista para verle pinta de troso. Se paseaba libremente por la Avda. General San Martín de Mendoza, que era (y es) la calle principal, y se detenía a saludar a todo el mundo. Sonriente, como si el futuro esperara por él con las mejores noticias y los más dulces triunfos. Ahora –escuchando los pronósticos estremecedores del *Documento Reservado*– habrá presentado que la maldita Historia, la muy guacha y ladina, guardaba para todos cartas inesperadas, que dolían. Cerca de ese sentimiento habrán estado Obregón Cano de Córdoba, Bidegain de Buenos Aires, Cepernic de Santa Cruz y Ragoné de Salta, los llamados “gobernadores de la Tendencia”. A cada uno de ellos habría de llegarle su decapitación, de un modo o de otro. *Esos modos* habrán de ser imaginativos, inescrupulosos, en extremo traicioneros y violentos. Algunos –como el final de Oscar Bidegain– excepcionalmente facilitados a raíz de esa inveterada ceguera del Robi Santucho por las coyunturas, que, para él, no existían. (*Nota*: Lo aclararemos mejor más adelante, pero, para el ERP, las cosas eran simples: ellos y el régimen. Al ser el régimen la totalidad de lo existente, al abarcarlo todo, la política no existía. Sólo la guerra. De modo que todo momento era válido para hacer fuego. Las circunstancias políticas no jugaban ningún papel en la evaluación de las acciones armadas. Con el régimen no se negocia. La política es eso: negociar con el enemigo. Al enemigo se lo mata. No se dialoga con él. Todo diálogo es el inicio de la traición.) El *Documento* empezaba con fuerza y claridad: “*El asesinato de nuestro compañero José Ignacio Rucci y la forma alevea de su realización marca el punto más alto de una escalada de agresiones al Movimiento Nacional Peronista, que han venido cumpliendo los grupos marxistas terroristas y subversivos en forma sistemática y que importa una verdadera guerra desencade-*

nada contra nuestra organización y contra nuestros dirigentes”. Aquí hay una definición clara. Culpables del asesinato de Rucci: “los grupos terroristas y subversivos”. O sea, el “fuimos nosotros” había dado sus frutos. Perón les creía. “Bueno, fueron ustedes. Ahora, nosotros vamos a contestar. Porque, si fueron ustedes, al hacerlo, al matar a Rucci, me declararon la guerra, señores.” El *Documento Reservado* es la respuesta directa, abierta al asesinato de Rucci. Y al “Fuimos nosotros”. Porque de no haber existido esa afirmación, la Orga podría haber jugado a la inocencia, al qué pena, qué pérdida para la clase obrera, para el proyecto del general Perón, para el Pacto Social, cualquier cosa. Así, como lo hicieron, se señalaron a sí mismos como el blanco para responder a la agresión. El “Fuimos nosotros” ya había matado a Enrique Grynberg. La lista seguiría.

¡SI EVITA VIVIERA LOS CAGA A PATADAS A ESTOS ENGRUPIDOS DE MIERDA!

El *Documento* plantea la situación existente como una situación de *Guerra*. Una de las principales singularidades de esta guerra es la *infiltración*, palabra dilecta, privilegiada de la derecha peronista; parte de su identidad política. Existen los “peronistas”, los verdaderos, que son los fieles a Perón. Y los “infiltrados”, que son los zurdos, los troscos, los guerrilleros. Para la izquierda la palabra es *traición*. Ellos son los leales y su misión es salvar a Perón de los traidores que se apiñan a su alrededor, sofocándolo, impidiéndole hacer lo que quiere. Por desdicha y sin duda curiosamente, Perón no cesa de hacer lo que conviene a los traidores. No importa. La tarea es entonces más dura: *hay que salvar a Perón de Perón mismo*. Se acude una y otra vez a la frase de Evita: “No lo dejen solo al general”. En los actos los oradores dicen: “Compañeros, el general está solo. Peor: está mal rodeado. Nos necesita. Tenemos que traerlo otra vez al campo del pueblo. Para lograrlo hay que limpiar al movimiento de traidores. Porque son ellos, compañeros, los que engañan al general. Son ellos los que le llenan la cabeza y lo empujan a hacer cosas que no quiere. Nuestra tarea, compañeros, es no dejarlo solo al general. Como lo decía Evita, compañeros. Como ella lo pedía. ‘No lo dejen solo al general’. Eso nos pedía y eso vamos a hacer. Porque si Evita viviera... “sería montonera, compañeros!”. Esta fórmula final aseguraba la ovación de todos. Era un rito. Lo señalo por segunda vez. Justamente: porque era un rito. Casi todos terminaban así. Era decir, secretamente decir: “Perón nos cagó, pero Evita está con nosotros”. Que yo sepa, nadie lo oyó al viejo general comentar qué sería Evita si viviera. Amo a Evita, lo juro. Pero tampoco a ella le gustaba que le impusieran cosas, que le tiraran una lista con cientos de nombres para formar el Gobierno, otra más reducida para el gabinete, que le mataran a Espejo –por ejemplo–. ¿Alguien imagina qué habría pasado si algún grupo le matara a Espejo a Eva Perón? De aquí que a veces imagine al General en la quinta de Olivos, furioso, puteando contra los montoneros, y diciendo a voces: “¿Qué montonera ni montonera! ¿Si Evita viviera los caga a patadas a estos engrupidos de mierda! Soberbios, altaneros, incapaces de respetar a un jefe, de seguir una conducción, salvo la de esos dos canales de Firmenich y Quieto, que ni en fotos los quiero ver. ¡Hay que cambiar esa conducción! ¡Hay que echarlos de ahí!”

“De acuerdo, general”, susurra López Rega, “pero entre tanto les podemos ir matando las bases, ¿no? Porque sin bases no hay conducción.” Son dos caminos. Si uno quiere liquidar la conducción de una organización armada de –digamos– cuatro mil milicianos, puede hacer dos cosas: 1) Liquidar a los dos o tres tipos de la conducción; 2) Liquidar a los cuatro mil milicianos. Con lo cual la conducción se queda sin nada que conducir. Que es lo mismo que matarla. Pero entre uno y otro método hay 3.997 asesinatos de diferencia. Lopecito –como era un asesino paranoico– prefería la segunda vía, que fue la que emprendió desde Ezeiza. Perón debió insistir en la primera hasta agotarla (lo que implicaba una serenidad que le escaseaba –trágicamente le escaseaba– en esta cuestión) y frenar la segunda, la de López. Cosa que no hizo.

Porque cuando impulsa el *Documento Reservado* tiene todo claro. Los “traidores” son los “infiltrados”. Los troscos, los marxistas, los montoneros y sus amigos los del ERP que, se quieran infiltrar o no, son marxistas de esos a los que él –dirá– “los conoce nanjo”. Leña, pues, a la zurda. Sigue el *Documento*: *Esta guerra se ha manifestado de diversas maneras; por ejemplo:*

a) Campaña de desprestigio de los dirigentes del Movimiento, buscando de ridiculizarlos mediante slogans, estribillos o insultos, atribuyéndoles defectos personales e imputándoles “traición” al general Perón o a la doctrina.

b) Infiltración de esos grupos marxistas en los cuadros del Movimiento con doble objeto: desvirtuar los principios doctrinarios del Justicialismo, presentando posiciones aparentemente más radicalizadas –y llevar a la acción tumultuosa y agresiva a nuestros adhe-

rentes (especialmente sectores juveniles)– colocándose así nuestros enemigos al frente del movimiento de masas que por sí solo no pueden conciliar, tal que resultan orientando según sus conveniencias.

c) Amenazas, atentados y agresiones destinadas a crear un clima de miedo o desconianza en nuestros cuadros, y a intimidar a la población en general.

d) Asesinato de dirigentes peronistas.

2. El estado de guerra así planteado se dirige en el fondo contra el país. Ya que si bien aparenta afectar a nuestro Movimiento, tiende a impedir la constitución y actuación del Gobierno que presidirá el general Perón por decisión mayoritaria del pueblo argentino.

El crimen cometido contra el compañero Rucci, particularmente por el modo y la oportunidad en que fue consumado, indica que se trata de destrozr al Movimiento Nacional Peronista y a sus dirigentes, creando al mismo tiempo una situación de caos social, que haga posible la frustración del gobierno del Pueblo.

Este último punto es inobjetable y era compartido por la enorme mayoría del país. Con hechos como la muerte de Rucci Perón no podría gobernar. Veamos la evidente respuesta del ERP. ¿Qué diría en un acto de sinceramiento profundo? “Nosotros no queremos que el general Perón gobierne. Perón es un representante de la burguesía que sólo busca un capitalismo distributivo. Su gobierno es un velo peor que cualquier dictadura, que pone las contradicciones al rojo vivo, que impide no verlas. En cambio, Perón –como agente de la burguesía– no hace toda su vida sino defender al régimen con su conocida política gatopardista. Cedamos algo para conservarlo todo. Nosotros queremos todo. Todo el poder a la clase obrera y hasta ahí no habremos de detenernos. La lucha armada es el camino. Dentro de la



lucha armada, el foco guerrillero. No hacemos trabajo de masas. En esta primera etapa de la lucha es la vanguardia armada la que debe actuar. El pueblo se irá sumando a medida que el enemigo vaya siendo derrotado.” Los planteos de los Montoneros ya los conocemos. Por lo menos tenían una mayor capacidad para interpretar la política con el soporte esencial de las masas, para eso entraron al peronismo. Pero quisieron suplantarlo a Perón y conducir ellos o, al menos, compartir la conducción. Esto no lo quería nadie. El pueblo peronista quería a Perón en la patria y punto. Había que darle tiempo, confiar en él. Para eso era Perón. El crimen de Rucci –como bien dice el *Documento Reservado*, guste o no– busca la frustración del Gobierno de Perón, que fue consagrado por el voto de la mayoría nacional. ¿Entonces? ¿A qué jugamos? ¿Ustedes qué son? ¿Son peronistas? Bueno, ganó Perón. ¿No querían elecciones? Lo hubieran dicho antes. ¿No creen en la democracia? ¿Por qué aceptaron el triunfo de Cámpora? ¿Porque ganaron ustedes?

Lo que resta del *Documento* son advertencias, amenazas y promesas de violencias por venir: “*Ese estado de guerra que se nos impone no puede ser eludido, y nos obliga no solamente a asumir nuestra defensa, sino también a atacar al enemigo en todos los frentes y con la mayor decisión. En ello va la vida del Movimiento y sus posibilidades de futuro, además de que en ello va la vida de sus dirigentes (...)*No se admitirá comentario, estribillo, publicación o cualquier otro medio de difusión que afecte a cualquiera de nuestros dirigentes. Quien los utilice o quien los reproduzca o tolere, será considerado enemigo del Movimiento y quedará expulsado del mismo. La defensa de todos comienza en la defensa de cada uno.

e) No se admitirá que ningún grupo utilice expresiones destinadas a menoscabar a otros grupos peronistas, o a exaltar el propio grupo en desmedro de los demás (...) En las manifestaciones o actos públicos los peronistas impedirán por todos los medios que las fracciones vinculadas al marxismo tomen participación. (¿Si esto no era una declaración de guerra! ¿Cómo serían las movilizaciones de aquí en más? ¿Una batalla campal entre “ortodoxos” y “marxistas”? ¿Qué modo de invitar al pueblo a sumarse a los actos peronistas. “Venga, señor, venga, señora, festejamos el 17 de octubre, fiesta fundamental de nuestro movimiento. Sea usted “ortodoxo” o “infiltrado” traiga su revólver, su escopeta, si la tiene, y como dijera gloriosamente alguna vez el compañero Galimberti: el que tenga piedras que traiga piedras. ¿Era así, no? Hace tanto tiempo de eso. Todo cambió tanto”. *Medios de lucha: Se utilizarán todos los que se consideren eficientes, en cada lugar y oportunidad. La necesidad de los medios que se propongan será apreciada por los dirigentes de cada distrito.* ¿No es un poco atomizante o abiertamente terrorífica la confesión abierta y descarnada acerca de los medios de lucha? “Se utilizarán todos los que se consideren eficientes en cada lugar y oportunidad” ¿Cuáles serán? Supongamos que “el lugar” es una comisaría de alguna oscura zona bonaerense, donde anidan esos policías tan poco amables, ¿qué *medios de lucha* se utilizarán ahí? Eduardo Clausen, el socio de Miguel Hurst en *Cimarrón*, se recuesta pesadamente contra la vidriera cerrada por la cortina metálica. Hace un ruido que nadie podría soslayar. Es sábado a la tarde. Eduardo dice:

–No puede ser. La Policía de la Provincia de Buenos Aires tortura como en los mejores tiempos de los milicos. O peor.

Porque pusieron tipos peores. Más fachos que los de Lanusse todavía. Y al pibe de la Tendencia que agarran lo hacen mierda. ¿Qué está pasando? ¿Para esto peleamos? Ayer fui al velorio de (da el nombre, que no lo recuerdo). ¿Sabés cómo estaba en el jonca? Sonreía. Qué cosa ese pibe. Hasta muerto sonreía.

Entonces Eduardo enciende un pucho. Un *Particulares*, algo así. Tiene los bigotes color ocre de tanto fumar. Es flaco, alto, rubio, usa melena. Es un buen tipo. Uno de los más cálidos y buenos tipos que conocí. Siempre lo quise mucho. (Ahora me dicen que trabaja en un taller mecánico. Ma sí, Eduardo, dale nomás. Es muy lindo ese laburo.) Esa tarde de sábado termina el pucho. Lo tira. Se recuesta todavía más contra la cortina metálica y dice una frase que no olvidé nunca. Con tanto dolor la dijo, carajo. Con tanta tristeza.

–Y bueno.

Siempre que un argentino está por decir una conclusión dura, que implica aceptar algo que uno jamás pensó que aceptaría, que le duele aceptar, pero no le queda otra, empieza por decir:

–Y bueno.

Eduardo completó su frase:

–Seremos infiltrados nomás.

Sanciones: La defección de esta lucha, la falta de colaboración para la misma, la participación de cualquier clase en actos favorables al enemigo y aun la tolerancia con ellos, así como la falta de ejecución de estas directivas, se considerará falta gravísima, que dará lugar a la expulsión del Movimiento, con todas sus consecuencias.

Nadie podrá negar algo evidente: un Documento así se larga cuando una estructura de represión está lista para actuar o ha venido actuando desde hace tiempo. Para declarar la guerra, el Ejército tiene que estar listo para hacerla. Eso quiere decir una sola cosa: La Triple A existía y ahora Perón la arrojaba a su feroz matanza de zurdos.

NI PERÓN ERA PERÓN NI LA JOTAPÉ ERA LA JOTAPÉ

General, dentro de este esquema de situación lamentable, apocalíptico, usted sin duda tenía sus razones. Pero, ¿valía la pena volver para esto? ¿Sabe que entre los grandes boxeadores *volver* es una maldición? Joe Louis –acosado por los impuestos con que el poder blanco lo arruinó para humillarlo– tuvo que volver. Rocky Marciano, que lo admiraba como a un dios, le dio una paliza. Pobre Marciano: más le pegaba a Louis más rodaban las lágrimas por su cara de tipo duro. Pobre Louis: dejar ese recuerdo. Vea, si ni siquiera Muhammad Alí debió volver. El poder blanco –el mismo que arruinó a su ídolo Joe Louis– le arrebató cinco años de su carrera. Nos los arrebató a todos. Cassius había cometido errores imperdonables para el establishment boxístico: cambió su nombre a Muhammad Alí, se unió a Malcolm X y se negó a ir a Vietnam. Le impidieron boxear durante cinco años, muchos. Recuperó el campidoneo frente a George Foreman en Zaire, pero ya no era el mismo. Antes no peleaba contra las cuerdas. Peleaba en el centro del ring, como todos los grandes y él era el que los superaba a

todos. (O bailoteaba alrededor de su rival hasta volverlo loco. Entre tanto, le tiraba unos jabs demoleedores y por fin, con uno o dos golpes certeros, lo liquidaba. Era el boxeo hecho obra de arte.) Pero perdió una pelea con el mediocre de Leo Spinks, que se dio el gusto de pegarle muchas piñas que, antes, Alí hubiera evitado con sencillez, hasta con gracia. Se quedó largo rato en su esquina, derrotado, con la cabeza gacha. Su segundo, en cuclillas ante él, lloraba desconsolado. Muhammad Alí apoya una de sus manos en su hombro y, cálido, seguro aun en medio del dolor y la derrota, le dice: “No sufras. Todavía soy Alí”.

Nosotros sufríamos al verlo al frente de esa pandilla de macartos. Al escucharlo decir frases que habíamos escuchado antes de bocas de seres deleznables. Yo no lo pude creer cuando –en su discurso de Navidad de ese año 1973–, con un traje blanco, muy sonriente, seguro, agradecido la ayuda de macarto mundo pero sobre todo la de “los servicios de seguridad”. Que a usted no le gustaban los comunistas ya lo sabíamos. Pero creíamos que se refería a la URSS y que buscaba encuadrarse en la Tercera Posición frente a los dos imperialismos. Lo tenía al padre Virgilio Filippio, que era un macartista paranoico. Pero también a Hernán Benítez, que era un cura bárbaro, sensible, cercano a los pobres. Y el pueblo lo quería y –bueno– todo eso que ya sabemos. Ahora, no. Su cara era otra. Asomaba, ahí, un rictus de odio que desconocíamos. Fácil para que los viejos gorilas nos dijeran: “Se los dijimos. Ustedes no conocieron a Perón”. Perón no conoció a los Montoneros. Por eso nosotros no conocimos a Perón. Aquí se encontró con una Orga empecinada, agresiva. Reaccionó mal. Él, que siempre integraba, organizaba una banda de asesinos. Era demasiado. Nunca habría podido decirnos: “No sufran. Todavía soy Perón”. ¿Después del *Documento Reservado*? ¿Después del Navarrazo, que se aproximaba? No nos pida que no suframos. “No, general. Usted habla como Perón. Tiene la cara de Perón. Le gusta ponerse el uniforme de milico como siempre le gustó a Perón, pero ya no es Perón”. Encima, para decirle toda la verdad, el desgarró se completo. La Jotapé ya no es la Jotapé. Siempre buscamos respaldar su proyecto de llegar al Gobierno y ver –desde ahí– qué era posible, qué no. Ahora usted llegaba al Gobierno (con, exactamente, el 61,85% de los votos; los radicales lo seguían apenas con el 24,42%; un triunfo aplastante el suyo, el pueblo quería su Gobierno, no cabía duda alguna, quería la democracia, la paz) y la Tendencia revolucionaria asesina a Rucci, uno de sus principales pilares, nos gustara o no. ¿Cómo era posible? ¿Quiénes estaban al frente de la conducción de Montoneros? Por primera vez *ese fuimos nosotros*, que siempre nos había incluido, escupe con desdén sobre nosotros: no valeamos nada, las cosas se hacen sin que importe lo que pensemos, porque los que mandan son ellos, dos, tres, cinco tipos. Y se cagan en nosotros. En suma, Perón ya no es Perón y la Jotapé ya no es la Jotapé. Estamos solos. Para estar en alguna de las dos partes tenemos que agarrar un fusil y nunca quisimos eso ni nunca supimos hacerlo. Creíamos en el trabajo con las masas. Eso era el peronismo: trabajar desde las bases. No meterse en una guerra de aparatos. Alí siguió siendo Alí. Ganó todavía unas cuantas peleas después de lo de Spinks. Pero ni Perón volvió a ser Perón. Ni los Montos, los Montos. Habíamos perdido. Y faltaba lo peor.

Algunas precisiones: dos días antes del asesinato de Rucci, el general Heraclio Ferrazano, el que respaldó a Righi en su memorabile discurso a la policía, es reemplazado por el general Miguel Ángel Ináiguez, hombre del riñón de la derecha policial. Ese mismo día, el decreto 1.454 declara ilegal al ERP. El 28 (de ese mes de septiembre) Ináiguez cierra el diario *El Mundo*, que es del ERP. Después reabrirá, por un tiempo apenas. El 1 de octubre, el ministro de educación, Jorge Taiana, le pide la renuncia a un absoluto indeseable: Rodolfo Puiggrós. Perón habla ante los gobernadores. Punto principal del discurso: condena al marxismo y a la guerrilla. Pese a ello, Ernesto Villanueva (de buenas relaciones con la Jotapé) asume como Secretario Académico de la Universidad de Buenos Aires. (Mi diploma de Profesor de Filosofía está firmado por él. Lo dije, pero no importa. También lo firma Solano Lima. ¿Recuerdan que juramos por “la liberación de los países del Tercer Mundo”? Perón nos dejó juguetear todavía un poco más con la Universidad. En el ’74, Isabel-López Rega descargarían el golpe definitivo.) El 4 de octubre, en Córdoba, la policía irrumpe en una Unidad Básica de la Jotapé y se lleva montones de carteles con la imagen del Che Guevara. Hoy podría venderlos en alguna feria hippie. Octubre 16: se prohíbe el film *Ultimo tango en París*. ¡Se acabó la joda, pajeros! Este es un país militar y católico. Nada de coitos contra natura. Si quieren excitarse tendrán que buscar alguna foto de Gabriela Mistral, otra cosa no va a quedar. 21 de noviembre: una bomba en el automóvil de Hipólito Solari Yri-goyen. Se considera a este hecho como la primera acción pública de la Triple A. Octavio Getino tiene que irse de la dirección del Ente de Calificación Cinematográfica. Luego de algunas alternativas, la conducción de la entidad caerá en la sinistras manos para las que estaba destinado: Paulino Tato, que gustará sacarse fotos con una tijera. “Con esto corto las películas.” Indi-

viduo siniestro, de infausta memoria, síntesis perfecta del fascismo bruto, pendenciero. Siguió durante el régimen militar. Apenas se inició la democracia, en un programa de TV que dirigía Antonio Carrizo, entre Miguel Ángel Solá, Alfredo Alcón y Solita Silveyra le dijeron tantas cosas duras, verdaderas, que el enrgumento tuvo que huir del estudio. Que en paz no descanse. Diciembre 2: Cámpora a México, como embajador. Listo, ya no jode más. Diciembre 4: Un diputado patológicamente anti-comunista, amigo de la Triple A, Rodolfo Arce, arroja una grave acusación contra el gobernador de la Provincia de Buenos Aires: Oscar Bidegain. Dice que reparte armas a grupos marxistas. Arce dirige un folletito de los Servicios en el que colaboran hombres que han logrado quedar entre las sombras: Armando Alonso Piñeyro (autor de un par de libros sobre la “subversión”) y el pintoresco José Gobello, campeón del lunfardo. Acompañado por una carta irónica, el hombre me mandó un libro que narra Su vida, su obra (creo) y *sus amores*. Siempre ando mal de tiempo, pero no bien pueda, la parte ésa, la de sus amores, no me la pierdo. El 6 de diciembre, un hombre con futuro, el almirante Eduardo Emilio Massera accede al puesto de comandante general de la Armada. El día 18 se toma el raje el teniente general Jorge Raúl Carcagno. El que había declarado en el *Descat*: “Se acabó la época en que los yaniks nos metían dos minas en la cama y conseguían de nosotros lo que querían”. Nunca más dos minas en la cama, Carcagno. A menos que se las consiga usted. Pero de Berzategui, no show girls de Las Vegas. (Igual dicen que hay lindas minas en Berzategui. Juraría, de todos modos, que no son lo mismo.) ¡Lo reemplaza el general Leandro Enrique Anaya! Se va armando la cosa, eh.

Diciembre 28: Escribe Andrew Graham-Yooll (en cuya utilísima *Cronología histórica* nos hemos basado) “Es secuestrado el ejecutivo de Peugeot Yves Boisset (liberado el 18/3/1974) (...) Al finalizar el año hay por lo menos cinco personas secuestradas. El total del año es aproximadamente de 170 secuestrros por rescates que alcanzan a 43 millones de dólares”.

Termina el año 1973. El año más trágico de la historia argentina. También el más dramático. Porque la tragedia se nutrió de acciones innumerables, de personajes riquísimos, de encrucijadas irresolubles. Un año que nos arrastró de la máxima esperanza al más hondo de los abismos. De la vida a la muerte. De la espera jubilosa a la desesperanza sombría. De los planes libertarios, modernos y democráticos de un Gobierno de jóvenes lúcidos a las tosqueadas, al burdo macartismo de un gobierno de viejos, de pandilleros. El que mostró la cara menos deacada del líder que volvía para la felicidad de todos. El que hundió a una guerrilla que había luchado contra las tiranías militares de los ’60, concitando el apoyo de la juventud, de la clase media, de las clases populares, en un vaho cenagoso de acciones incomprensibles, de crímenes (sobre todo uno, el de Rucci) que echaron por tierra la fe en su luzidez para la conducción. Para la política. Para la vida. Para todo.

EL VIDRIO DE LA INFAMIA

Perón y la Triple A: este asunto hay que dejarlo claro de una vez por todas. No es que para muchos no esté ya claro. Mas, hay que escribirlo. No podemos conversarlo en las sobremesas de la amargura peronista o del goce gorila. Hay que dejar eso atrás. Las cosas que se dicen en las sobremesas de los peronistas lúcidos son durísimas. También, a menudo, terminan en chistes macabros o en autoironías flagelantes o en ese humor que nos permite sobrellevar nuestras heridas porque sabemos que hemos vivido y viviremos una historia extraviada, en la que brillará por completo ese *sentido* que Hegel y Marx creyeron encontrarle. Una historia que sigue acumulando cadáveres, vejaciones, torturas cuya necesidad ya es declarada a los cuatro vientos, guerras de colonización, guerras de despojo, guerras petroleras, bombas por todas partes, un terrorismo que no compartimos y cuyo comprensión profunda no está en ningún texto de Occidente sino en El Corán. La historia no tiene ya una necesidad dialéctica, immanente, una teleología. La única necesidad –acabamos de decirlo– que los guerreros de hoy defienden es la de la información. Esa necesidad es la de la tortura, ya que no hay información sin tortura. *Por consiguiente, el único elemento necesario, inmanente, de la historia es la tortura*. Esto no se atrevió ni a verlo Benjamin. Aunque su concepción de la historia como catástrofe sin duda lo incluía. En suma, en esas sobremesas, sólo la ironía o el descarnado humor nos permiten tolerar –no la deconstrucción– sino el despedazamiento de nuestros sueños. Para los gorilas no es lo mismo. Adhieren a la lucha de los guerreros de Occidente que arrasan el islam y arrasarán lo que sea necesario para mantener el poder que los legitima. Adhieren también a la tortura porque tienen mucho dinero, muchas propiedades y todo eso debe ser protegido de una delincuencia cada vez peor y cada vez mayor. Piden, entonces, fiereza. Piden armas de rayos electrificados. Armas que son como picanas que actúan a distancia. Fuera de aquí, miserables. Manténgase a distancia de lo que nos es privativo o los quemaremos con nuestras pistolas radioactivas. El gorila vive una fiesta de su poder inmarcesible. Se siente protegido por la gran potencia a la que busca complementarse mansamente y odia a quienes ponen trabas a eso. Odia al Estado, por ejemplo. ¿Para qué

el Estado, nosotros? Hay un solo Estado y está en Washington. El mundo es global y la guerra también. Estamos con Occidente y el *centro* de la defensa de esa geopolítica venerable, que despega con los griegos, es el Imperio Americano. (*Nota importante*: Escribe Horacio González: “Consideremos el vocablo ‘gorila’. El gorila, estupendo animal, tiene la incomodidad de la ostensible nota en común con el hombre, pero que en el rubro de las artes, sirve para significar mucho menos una continuidad darwiniana, que una ruptura con el ejercicio del buen argumento. Es que el uso histórico (desde 1955 hasta hoy) del término ‘gorila’ implica adjudicarle al contrincante un plano de permanente pre-reflexión, que lo lleva a condenar al peronismo antes de traspasar el umbral del conocimiento constataivo y racional. ‘Negarse a pensar en nombre de un prejuicio’ sería el equivalente del ‘gorilismo’, hallazgo fundamental de la lengua política, por el cual esta imputación no implica proximidad con lo humano —como en la teoría evolucionista— sino discontinuidad con la argumentación que permite pertenecer al *logos* político. Formidable invención teórica del peronismo —sin apariencia de tal— quizás oscuramente responsable de mantenerlo vivo hasta hoy. Pues significa automáticamente que el peronismo reclama y precisa sólo de criterios de comprensión emanados de él mismo”, Horacio González, *Perón, Reflejos de una vida*, Colihue, Buenos Aires, 2007, p. 367.) Las sobremesas peronistas no tienen esas certezas sobre la historia. Creo que semejan al Angelus Novus de Benjamin. ¿Quiénes si no los peronistas lúcidos que aún quedan en el país pueden volverse hacia el pasado y no ver en él “una cadena de datos” (o sea, un devenir dialéctico inmanente y necesario, un orden teleológico sereno que se desenvuelve en busca de su totalización final, que es la conciliación de todos los antagonismos) sino “una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina”? (Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia*, tesis 9). ¿Quiénes si no los peronistas de coraje político y teórico pueden decir: *qué desastre, qué mal salió todo, de que sirvió que el Viejo volviera?* (Está claro que estos peronistas comparten una valoración altamente positiva del primer Perón, del coronel que eligió a Evita como compañera, que hizo el IAPI y distribuyó el ingreso y de toda la poderosa historia del peronismo de la Resistencia. Me refiero a los puntos de vista sobre el “tercer Perón”. Aquí es donde las charlas derivan hacia la tristeza, la depresión franca o la bronca.)

Pero el Viejo volvió y volvió para armar la Triple A. Para reventar a la juventud maravillosa. Y puso un casi incomprensible empeño en hacerlo. Lo dice Miguel Bonasso: “López Rega, más que un fascista, era un portero, un cabo de policía, un personaje menor de Roberto Arlt. Es realmente un personaje distorsionado de *Los siete locos*, no sólo por cultivar la astrología, sino por esa extraña mezcla de astucia y perversidad y de terrible mediocridad. Es el sirviente que se coloca en un plano impensado de la historia, pero la responsabilidad la tiene Juan Perón: López Rega era el secretario privado de Juan Perón. Sean cuales fueran las miserias que determinaron que Perón le diera semejante poder a López Rega, la responsabilidad es de Perón y ha llegado la hora de decirlo con todas las letras” (Felipe Pigna, *Lo pasado, pensado*, ed. cit., p. 275). No sé si con todas las letras, pero yo lo había dicho en el lejísimo 1987 en un libro que se llama *López Rega, la cara oscura de Perón*, que, no por casualidad, todos los que emprendieron trabajos sobre Lopecito o sobre el tercer Perón me lo pidieron con —a veces— fervoroso interés. Tengo uno o dos ejemplares y no se los doy a nadie. Tampoco creo que sea gran cosa, pero tiene tesis que —para 1986, fecha en que publiqué esos trabajos en *Humo*®— eran desconcertantes. Tomás Eloy Martínez me preguntaba: “¿A dónde vas con todo esto?” Yo le cedía los materiales para que los leyera porque él acababa de publicar *La novela de Perón* y era el dueño del tema. Yo le contestaba con algunas bromas no demasiado livianas: “No sé a dónde voy. Pero te aseguro que no voy a escribir jamás algo como: ‘Una brizna de sorna atravesó la mirada de López Rega’” Tomás se habrá reído seguramente porque tenía humor. Además, *estábamos en Humo*®. Aunque él se concentraba más en *El Periodista*, que Cascioli acababa de sacar con gran éxito. Así era Tomás: *El Reporter Esso*, *Primer Plano*, *La Opinión*, *El Periodista*, *Página 12* (donde dirigió el suplemento *Primer Plano*) y por fin *La Nación*, en su “gloriosa” época antiK. Siempre estuvo en las mejores vidrieras. Pero —si a su prosa se le quitan esos excesos rocosos, que Vargas Llosa, cruelmente, no dejó de señalarle— su escritura figura entre las

mejores que dieron nuestras letras. Era un dotado. Sentía la *musicalidad interna* de una frase como pocos. Cierta vez está editando un texto que le acabo de entregar para *El Periodista*. Me dice: “José Pablo, le tengo que quitar unas palabras aquí”. Al ver mi cara de espanto dijo en seguida: “Quedate tranquilo: no le quita la música”. Nadie había jamás interpretado lo que es para mí una buena prosa: música. No hay frase perfecta si no es musicalmente perfecta. Leer a Tomás entrega ese placer. Es como escuchar música. Es sentir el goce y también eso que los yanquis llaman la *easiness* para el arte, para cualquier arte. La *easiness*, es decir: la facilidad, el don, lo que brota sin esfuerzo, con fluidez, lo que se desliza por medio de la maestría de un creador tocado por alguna varita o por lo que sea, pero señalado, elegido. Sigo. La pregunta más incómoda que se formula en mi libro de 1987 es: “¿Hubo una ruptura entre el gobierno de Perón y el de Isabel-López o sólo una exasperación de tendencias ya definidas?” (JPF, López Rega, la cara oscura de Perón, Legasa, 1987, Buenos Aires, p. 74). Daremos la respuesta en estas páginas, aunque ya se adivina. En 1987 la conclusión más dura era la siguiente: “Perón controlaba los delirios criminales de López. Pero los conocía. Y este conocimiento constituye una parte esencial de su cara oscura. Sabiéndose viejo y enfermo (Cossio y Taiana se lo habían dicho), no ignorando la influencia que López tenía sobre Isabel, ¿cómo le mantuvo sus poderes? ¿Ignoraba acaso que —una vez producida su muerte— López pondría en vertiginosa acción a los escuadrones de la muerte?” (JPF, *Ibid.*, p. 74. Obsérvese ese horroroso descuido en la prosa: “su muerte” y en seguida “escuadrones de la muerte”. A menudo es doloroso releerse.)

Otra visión sobre Perón y la Triple A: ajusten sus cinturones. Creo que todos conocen la revista *Barcelona*. Los malvados barcelonenses les pegan con todo a todos. También a ellos mismos. Son un fruto perfecto de este tiempo. Son los *dadaístas* de hoy. Nadie podrá negar que hoy es legítimo sentir lo que los dadaístas sintieron durante la Primera Guerra Mundial: el fracaso de la razón, el uso de la técnica para la guerra, el derrumbe de los valores de occidente y hoy —para colmo— el terrorismo, no ya occidental, sino de una civilización que Occidente ignoraba: el mundo islámico. Así las cosas, el dadaísmo implica el escepticismo total, la burla de todos los valores de la civilización burguesa, lo sarcástico absoluto para destruir un sistema que, no sólo se destruye a sí mismo, sino que arrastra al entero mundo en su destrucción. Dentro de esta estética —o bastante cercanos a ella— los barcelonenses hacen la siguiente lectura sobre el general Perón y la banda terrorista denominada Triple A: El autor de la nota firma con el nombre (falso, suponemos) de Luis Miguel Bonasso. El título de la nota es: *Cómo fue que Perón quiso hacer el bien y su demoníaco entorno se lo impidió* (...) Y la bajada dice: *Justo es reconocer que el regreso del anciano líder a la Argentina no trajo consigo las soluciones que el pueblo esperaba. Ahora, al fin, sabemos por qué*. La nota es la siguiente: “El teniente general Juan Domingo Perón tuvo, en los últimos años de su vida, un entorno. Ese entorno estaba compuesto por gente mala y ruin que se aprovechaba de su famosa ingenuidad. La candidez de Perón llegó a límites impensados en 1973 cuando su secretario privado, José López Rega, lo convenció de que reunía las condiciones de idoneidad y hombría de bien necesarias para desempeñar el cargo de Ministro de Bienestar Social. Un informe hasta ahora reservado a la Secretaría de Asuntos Esotéricos del Justicialismo permite dilucidar hasta qué punto López Rega y otros oscuros personajes le lavaron el cerebro a Perón y lo hicieron hacer cosas que odiaba.

“El caso de la organización parapolicial Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) es emblemático: Perón jamás tuvo conocimiento de que existía, a pesar de que López Rega la presidía y la financiaba con fondos de su ministerio.

“López Rega solía reunirse casi diariamente a planificar futuras amenazas, atentados y crímenes con el comisario Alberto Villar frente a las propias narices del general: por indicación del famoso Brujo, Perón tomaba un comprimido de color verde cada dos horas. El Abombadol permitía que cualquier iniquidad se cometiera en su presencia sin que Perón lo percibiera: Perón tomaba un blister diario de Abombadotes y así fue cómo llegó a firmar cualquier cosa.

“El tratamiento prescripto por López Rega se complementaba con la famosa ‘Píldora de la derecha’, que Perón consumía en cantidades industriales porque Raúl Lastiri, el fugaz ex presidente y yerno del Brujo,

lo convenció de su utilidad para mantener la motricidad fina en buen estado.

“La combinación de Abombadol y Derechit permitió que se acercaran a Perón algunos personajes que en circunstancias normales jamás hubieran sido escuchados: el coronel Jorge Osinde, por ejemplo. O Alberto Ottalagano, luego rector de la UBA. O los militantes de Guardia de Hierro y la CNU. O Norma Kennedy. Todos ellos eran amigos de López Rega a los cuales Perón, de haber estado lúcido, habría despreciado sin más trámite. Perón había tomado doble dosis de ambos ‘medicamentos’ cuando condecoró a Licio Gelli, titular de la misteriosa logia masónica P-2” (*Barcelona*, 28 de marzo de 2008).

Perón ya sabe que no podrá controlar a su “ala izquierda”. Que no tiene “ala izquierda” ni “juventud maravillosa”. Tiene a una generación de jóvenes fuertemente ideologizados que no aceptan los postulados de un capitalismo nacional. Uno de los chistes de la Jotapé decía que la gente de Gelbard cantaba la marcha, cómo no. Hacía ese sacrificio. Pero había uno que le era imposible hacer. La parte que decía “combatiendo al capital”... la tarareaba. Se burlaban: *tararán-tan-tan-tan-tan-tan*. Y todos muertos de risa. Gelbard les parecía lo mismo que Rucci o lo mismo que Krieger Vasena, un economista del sistema. La palabra sistema —muy en boga en esa época y desde hacía largo tiempo— eliminaba todo posible matiz. Se estaba a favor o en contra del sistema. Gelbard era un burgués capitalista y punto. Estaba a favor. Otros oponían puntos de vista diferenciados. El Banco de Desarrollo era una ayuda formidable para la pequeña y mediana industria, o sea: la industria de capital nacional. *La pequeña y mediocre industria*, decía la militancia. El asombro se le trocaba en furia a Perón. Esos jóvenes a los que había pensado manejar con un vaso de agua, un micrófono y cuatro gritos eran más que rebeldes, eran temibles. Ahí estaba el *ruccicidio* como prueba.

El *ruccicidio* y el *Documento Reservado* —es decir, el clima de guerra que existe entre la izquierda y la derecha del movimiento— ensombrece el discurso de Perón del 12 de octubre, el día en que asume su tercer gobierno y sale al balcón de la Casa Rosada (su balcón) para pronunciar el primer discurso de su regreso al país. Hay poca gente. Apenas lo imprescindible como para que no sea un papelón alarmante. El día en que asumió Cámpora habría más de cien mil almas saltando y cantando de alegría y esperanza. Más de cien mil de las que hay hoy. Porque ¡vaya uno a saber cuántos fueron a festejar el triunfo del Tío y el regreso de la democracia! Ahora el miedo se instaló para siempre. ¿Otra vez Ezeiza?, se dice la gente. “No, vieja, yo lo veo por televisión. A ver si se empiezan a amasijar de nuevo. ¿No viste el vidrio que le pusieron?” Aquí estaba el punto. El exacto punto del miedo. Perón hablaría detrás de un vidrio protector. Ese vidrio lo había puesto la derecha. Lopecito y su gente, seguro. Y el general no tuvo la dignidad de tirarlo a la mierda. De decir: “No, señores, yo no le hablo a mi pueblo protegido por un vidrio. No le hablo como un cagón. Le hablo como le hablé siempre. Mirándolo. Y quiero lo que siempre quise: que me miren. Nadie me va a matar hoy. Ni el ERP ni nadie. No me asusten ni asusten al pueblo. Es el día de nuestro reencuentro. ¿O no lo ven? ¿Cuántos vinieron? Pocos. Porque el pueblo no quiere la violencia, quiere el trabajo y la paz. Ahora nos tienen miedo. Creen que van a un acto peronista y tienen que empezar a esconderse de los tiros. ¡Saquen ese vidrio de mierda! Yo le hablo al pueblo a la cara. No escondido en una pecera”. Pero no: le habló así. Escondido en una pecera. Y si lo pienso mejor, no sé. Hasta por ahí la idea del vidrio fue suya: “Para que el pueblo vea que los infiltrados, los imberbes que se ponen la camiseta peronista quieren matarme”. Prefiero creer que no. Pero entonces, ¿tan perdido estaba? ¿No advertía lo que ese vidrio blindado proclamaba a los cuatro vientos?: “Estamos en guerra. Tenemos que proteger al general. Los zurdos, si nos descuidamos, lo matan. Hasta aquí, en la Plaza de Mayo. El día en que asume la presidencia por tercera vez. Porque están locos y quieren sangre, guerra. Si no, no pondríamos este vidrio. Pero el peligro es real. En cualquier momento, los tiros. El caos. Ezeiza”. Para colmo, el sol daba sobre ese maldito vidrio y casi no se lo podía ver al viejo líder. Algo recorrió la plaza cuando dijo “¡Compañeros!” después de 18 años. Fuera lo que fuese, estaba muy lejos de lo que debió haber sido.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrarri

PRÓXIMO
DOMINGO

Aparece
“El Caudillo”:
las muertes
anunciadas